



Juan Eduardo Zúñiga
Recuerdos de vida



Galaxia Gutenberg

JUAN EDUARDO ZÚÑIGA

Recuerdos de vida

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2019

© Juan Eduardo Zúñiga, 2019
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B. 9135-2019
ISBN: 978-84-17747-66-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Para mis nietos Guillermo y Nicolás,
que también estaban en esta obra*

Qué larga es la calle de la vida. Avanzamos por ella y atrás dejamos convertido en olvido cuanto hicimos. Sólo cuando sentimos que el final de la calle se acerca es posible repensar lo sucedido. Sólo cuando creemos que quedan —¿quién lo sabe?— dos o tres manzanas que recorrer es posible contemplar el paisaje de lo vivido. Atisbamos entonces en épocas lejanas el mecanismo de lo que fuimos, por causalidades de actos que parecían fugaces y por extrañas coincidencias que se producen como si la mano de nadie las creara.

Qué secreta es la calle de los años. Buscamos en los recuerdos cómo será el futuro: inútil tarea porque sólo se encuentra en las cenizas. Del fabuloso depósito de la memoria surgen ahora fragmentos borrosos, con ese color sepia que es el color de las sombras; detalles efímeros de algo escuchado, entrevisto o leído. Nos esforzamos en penetrarlos y que sean nítidos, para que si contienen un secreto, éste deje de serlo y de inquietar sus sombras.

Estas escenas sueltas, desconectadas en su apariencia, tienen un hilo invisible que las cose, finos tendones y venas las vitalizan.

Aunque lo más aceptable sería no intentar comprender la vida.

I

La calma es mi libro

En el invierno del año 1930 o 31 cayó en Madrid una gran nevada y, mediada la tarde, el jardincito que rodeaba nuestra casa de la calle General Zabala, en el barrio de Prosperidad, se fue blanqueando; primero, el suelo en los sitios más secos, luego las cuerdas de tender la ropa. Al anochecer, aquel pequeño y familiar espacio se convirtió en un lugar nuevo y sorprendente por la materia que recubrió la verja de hierro, los tallos más finos, las hojas de los geranios, los cables de la luz, el remate de la tapia por donde saltaban los gatos de las casas vecinas. Todo quedó transformado en un escenario fascinante, más aún después, cuando se abrieron las nubes y la luna puso allí su fría luz.

El ámbito conocido de tantos meses fue purificado: la realidad de aquel lugar se hizo irreal, su naturaleza pobre y trivial se rehízo con formas elegantes que ocultaban los detalles y sólo mostraban sus perfiles esenciales. Tras los cristales de las ventanas, yo contemplaba extasiado aquel encantamiento y su quietud misteriosa.

A la mañana siguiente, el barrio era el de una ciudad de un país nuevo; embellecido por la total blancura, también evocaba las típicas escenas de Navidad que ilustraban los almanaques de pared que se regalaban por entonces en las tiendas de comestibles. Los tejados tenían una gruesa capa, sutil y densa a la vez, mientras que la

frondosidad de plantas y arbustos de los jardines era como tejido finísimo endurecido por la helada. Y las calles desiertas, sin huellas de pasos, despertaban el deseo de recorrer el barrio y descubrir que era más acogedor e íntimo bajo la nevada.

Pero mi admiración por tal belleza, e incluso por la inusitada claridad que entraba en las habitaciones, se quebró con un suceso que nada se relacionaba con el prodigio que habían traído las nubes la tarde anterior.

Cerca de nuestra casa había un solar acotado y allí vivía en una casucha un matrimonio con dos hijas adolescentes. El padre se dedicaba a arreglar bicicletas y las chicas para poco debían servir. La noticia, transmitida por vecinos próximos, fue que la madre, de la que en casa se decía que era joven y muy guapa, había gritado que estaba harta y se había largado del hogar, es de suponer no afectada por la novedad de la nieve pero sí seducida por algún Don Juan de los contornos.

No entendí, al principio, cómo una madre podía marcharse sin más ni más, abandonándolos a todos, porque las madres eran inamovibles, yo así lo creía, unidas a hijos y marido por lazos eternos. Atisé desde la ventana al hombre abandonado, que estaba en la puerta del solar, subidas las solapas del deformado abrigo, las manos en los bolsillos, el pitillo en los labios, y miraba hacia el fondo de la calle por la que no pasaba nadie bajo un cerrado cielo gris. Y yo seguí con mi desconcierto cuando, a la tarde, cruzaron por delante de nuestra casa las dos hijas, figuras breves, con ropas oscuras, mejillas y nariz encarnadas e iban riéndose, manoteando en su conversación.

Me retiré de la ventana y hube de aceptar la evidencia de que lo sucedido no era sino un roce áspero de la sensibilidad infantil pese al panorama de belleza. Contemplé

con pena a las muchachas que parecían insensibles a tener o no una madre y esa idea de la movilidad de los afectos apareció en mi horizonte mental. En aquel día invernal quedaría diseñada, creo yo, la actitud vital de quien se asoma a la ventana y al otro lado de los cristales contempla una singular enseñanza de la vida: fue un primer paso en mi formación de avaro captador del mundo visible.

El observador que recoge la imagen de experiencias ajenas vistas a distancia tiene parecido con el lector que las toma no por relación directa con los hechos sino a través de palabras escritas, que se transforman en ideas. También se progresa en la infancia contemplando imágenes; los dibujos o ilustraciones que me atraían me forzaban a deducir la intención con que se realizaron. Esto me lo hizo posible un voluminoso álbum con aspecto de maleta por tener tapas de cuero con unas trabillas, cuyas hojas contenían adheridos los artículos que se solían vender en las tiendas de papelería. Era un muestrario de tarjetas postales, de cromos, láminas, figuritas recortadas a troquel, felicitaciones, impreso en Francia; por el estilo de los dibujos, su época correspondía muy bien a los años finales del siglo XIX. Estuvo en la casa de mi abuelo, abandonado allí, según se recordaba, por un viajante de comercio que, sin motivo, lo dejó y no volvió por él.

Siendo niño he repasado muchas veces las hojas de este muestrario, admirando todo lo que estaba sujeto a ellas, pero había unas estampas que me suscitaban una emoción a la que no me atrevería a asignarle ningún adjetivo. Eran unos pasajes de invierno, un campo nevado con unas cercas o unas casitas; en el horizonte, un lejano amanecer nacarado, escena que a mí me parecía propia de un país extranjero. Uno de estos dibujos tenía el moti-

vo peculiar de muchas ilustraciones antiguas: sobre la nieve había un pajarito muerto.

El imaginado arrebol matutino, el aire puro y helado de la madrugada contribuyeron a una idealización de la Naturaleza y debieron de predisponer mi ánimo para el asombro ante aquel jardín blanco. Sólo muchos años después pensé si fue el trasfondo de una prematura vocación literaria.

En este barrio de Prosperidad, alejado del centro, vivía con mi familia: madre, padre y una hermana mayor. Los únicos visitantes, los más adictos, eran los gatos de los chalés vecinos que saltaban la tapia a la busca de alimento seguro.

Nuestro chalé tenía dos pisos. La planta baja era la vivienda, los horarios, las comidas, las reuniones familiares; el piso superior apenas se habitaba y en él se acordó que una habitación fuese como un dominio infantil donde se reunieran mis pertenencias y los restos de mi primera infancia. Era una habitación fría, nada acogedora, donde nadie de mi familia solía subir. El techo, más bajo de lo habitual, hacía que la ventana estuviera a dos palmos del suelo. Desde ella veía la parte delantera de nuestro jardín, los dos chalés de la acera de enfrente, acaso vacíos, y la calle que apenas nadie recorrería, lo propio entonces de las calles de un barrio de las afueras; el único leve ruido era el de la carcoma en alguna madera vieja, pero había que esforzarse en escuchar y entonces estremecía el ronroneo hondo en la materia profunda.

Ése fue mi primer espacio confidente, beneficioso por las horas que allí pasaba. Leía cuanto me era posible y dibujaba escenas de las historias que me gustaban. Había calma, esa condición importante para entrar en las galerías de la conciencia. Escribió Rilke en un poema:

«La noche es mi libro»; pero alguien, un niño, podría decir: «La calma es mi libro». Sentía la necesidad de sosiego porque la cristalización del silencio, de la quietud, de las ausencias, de la atmósfera del libre pensamiento hacía que todo ayudase no sólo a divagar sino a inquirir tal como se pasan las hojas de un libro: se releen párrafos y se busca otro capítulo con el deseo de entender y hacer nuestro un pasaje. El pensamiento puede ir y venir pero la paz lo protege, lo mantiene.

En mi cuarto del piso superior pasé largas horas solo con algún juguete, un baulito donde guardaba cosas, dos sillitas de mimbre. A veces sentía miedo por el silencio total. En la pared, clavadas con chinchetas, puse, encima de uno o dos cojines que servían de librería, dos láminas que recorté de un catálogo de Espasa: *Los cosacos zaporogos escriben una carta al sultán turco*, de Repin y *Pedro el Grande y su hijo Alejo*, de Gué. En una, varios cosacos de cierta región de Rusia forman un grupo de tipos muy folclóricos y llamativos; en el otro aparece el zar Pedro I y su hijo Alejo. El padre está sentado con gesto serio y, en cambio, el hijo, de pie, demacrado, con aspecto débil y pálido, mira al suelo confuso porque su padre le acusa de traición. Esperé entender lo que ahí se representaba. Las figuras, con ropas antiguas, estaban inmóviles y aguardaban quizás a que yo las entendiera y me aclarase a mí mismo por qué las había seleccionado entre tantas láminas del catálogo. Pero no había identificación. El cuadro, que por clima dramático podía aludir más a alguna situación de distanciamiento entre padre e hijo, no coincidía conmigo; muy pocas veces vi enfadado a mi padre y nunca con el gesto terrible que tenía Pedro el Grande, emperador de Rusia, al enjuiciar a Alejo, al que mandó matar. He mirado cientos de veces los detalles de esas láminas. Aho-

ra las veo como entonces y no me explicó por qué las recorté, y en un salto atrás a aquel remoto lugar me sorprende encontrarlas como un punto magnético de mi habitación de solitario.

Fue una época de lecturas apropiadas a mi edad, límite los doce años, en la que son habituales dos nombres: Emilio Salgari, el escritor sedentario de portentosa imaginación viajera, que lanzaba a sus personajes a tierras exóticas que el lector buscaba en su mapa y así nacía el deseo de visitarlas; y Julio Verne, que además de novelas fundamentales como *La isla misteriosa*, *20.000 leguas de viaje submarino* y *Los hijos del capitán Grant*, escribió otras sobre realidades de nuestro mundo a las que superponía apasionantes fantasías. Tuve la suerte de que me prestaran, y leí, las obras publicadas por un editor, Sáenz de Jubera, con bellas ilustraciones xilográficas, que nadie ha vuelto a publicar.

Con el terrible libro *Corazón* aprendí a sufrir y compadecer las desdichas de los niños. Era una muestra perfecta de la literatura humanista de mitad del siglo XIX, que denuncia la existencia atormentada de los seres débiles que se permitía la sociedad de entonces. Pero *Corazón* también guardaba una enseñanza de rectitud, de valentía en el carácter de los niños abandonados, explotados en el trabajo, obligados a emigrar. Algo impreciso debo a la lectura de *Corazón* que podía relacionarse con la conciencia de resistir a la contrariedad.

Al recordar el interés con que miraba las ilustraciones de Julio Verne, insisto en la importante función que desempeñan en los libros para niños. En esa edad inicial, yo

tenía motivos para recelar de lo desconocido que era el espacio, no inmediato, pero sí aquel algo más distante: unas palabras que alguien dijera a medias o un grito sorprendido de mi padre o de mi madre o una foto en un periódico que nadie me explicó. Y no olvido los silencios que completaban los cuentos, de un significado que requería la cariñosa explicación que activaba la duda o la zozobra.

Entre mis cuidados, el objeto predilecto era la librería: unas tablitas finas como estantes donde se ordenaban los libros de cuentos. Aunque no acortasen la distancia con el mundo, a ellos recurría como entrada a un recinto grato. Los releía muchas veces y las caras y apariencias de los graciosos personajes de las ilustraciones de Pinocho y Chapete se hacían familiares y formaban parte de mi tendencia a dibujar. Así nació la necesidad de los libros, tocarlos, conservarlos, alinearlos en uno u otro orden y leerlos como consuelo cuando me regañaban.

Una mañana, al entrar en mi habitación, me vino al pensamiento la figura de un hombre vestido como cualquiera de la clase media, que estaba sentado en una roca rodeada de agua, el mar. Fue muy intensa esta imagen. Me estremeció porque no acerté a saber quién era aquél ni qué relación tenía con nadie de nuestro ambiente; y la misma nitidez y claridad que por una fracción de segundo tuve ante mí fue más impresionante.

Debí de quedar muy asustado, por eso bajé y se lo conté a mi hermana. Acaso añadí que «lo había visto», por lo que era lógico que esta información se trasladase rápidamente a mis padres. No me puede extrañar que suscitase inquietud como rareza mental y motivó recomendaciones de reducir lecturas, no fuera a pasarme lo que al hidalgo Alonso Quijano, según oportunamente

alguien me recordó. Ahora sé que se trató de una exteriorización de mi prematura conciencia del aislamiento y la soledad que creaba aquella pequeña habitación: el tipo sentado tranquilamente en la roca era yo, si bien entonces me fuese imposible deducirlo.

En aquellos tiempos, con quien yo más hablaba y más atendía era con mi madre, a la que no recuerdo alarmada por mi visión. Oigo que canta mientras se ocupa de algo en el jardín que rodea la casa. La veo en la semipenumbra de la tarde, tiene las manos manchadas de tierra húmeda, lleva una especie de delantal de lona y maneja un almocafre, la palabra que ella empleó para designar un pequeño azadón que usó para plantar unas semillas en los macizos abandonados: eran violetas y en el invierno nos sorprendió esa flor frágil, de color purísimo, aterciopelado, y secretamente femenina, que resistía el frío y cuya belleza sería para mi madre compensación de alguna ilusión irrealizable.

Llegó el día en que puse los ojos no en un cuento de Antoniorrobes sino en un libro que, entre otros, estaba sobre la mesa del despacho de mi padre. Lo abrí y encontré una lámina que me asombró. Era un coloso muy alto, de piedra desgastada y rota por tantos siglos como la roza-ron y la hirieron, con las tormentas de arena y el calor del sol, que se tornaba helador en cuanto llegaba la noche. Estaba junto a otro de las mismas dimensiones y ambos se alzaban en una llanura que era un pedregal, no lejos de las inmensas ruinas de un templo.

Algunos viajeros de la Antigüedad que visitaban Egipto afirmaban que a la salida del sol, y sólo entonces, el

coloso hablaba, murmuraba algo que nadie entendía. En el silencio absoluto de aquellas horas se oía una vibración que era la voz de las piedras: los colosos de Memnón se llamaban. El primero que lo contó parece que fue un escritor de la Grecia antigua, luego viajeros franceses y los buscadores de tesoros. Mi curiosidad creció. ¿Cómo podían hablar si eran sólo piedras? ¿Sería una frase o un simple rumor lo que se oía? Leí esto a los once años y me inquietó. Quise escuchar el sonido y descubrir el secreto que extrañó a los viajeros, unas palabras incomprensibles en otra lengua.

En el libro había más dibujos con una muestra de la antigua escritura, compuesta no de letras sino de figuritas: se distinguía una flor, un pájaro, una mano. Al mirarlas, los antiguos egipcios sabían lo que significaban. Quedé extrañado ante una forma de escribir tan distinta a la mía; eran figuras muy variadas y cada una tendría un sonido como los que se oían al amanecer. Por tanto, para entenderlos debían estudiarse las filas y filas de esa escritura que cubría los muros, aún en pie, de templos y sepulturas.

Casi siempre, el lector interesado en un libro puede ser conducido a lo inesperado. Y el libro donde yo descubrí que unas piedras podían hablar me llevó a contemplar el mapa de Egipto como una tentación, cruzado por una línea sinuosa azul que era el Nilo, en cuyos márgenes se veían nombres de lugares, de aldeas y de restos arqueológicos.

Llegado este momento, el jardín del chalé perdió importancia y a través del cristal de la ventana parecía vulgar, como bajo los fríos de noviembre, con el suelo cubierto de hojas caídas. En consecuencia, dejé de visitarlo y me entregué con entusiasmo al estudio de la historia del país egipcio. El 24 de agosto de 1934 fui por

primera vez a la Biblioteca Nacional, con una autorización temporal, y hojeé una revista inglesa de excavaciones en Egipto. Tomando datos donde me era posible, hice un breve diccionario de jeroglíficos con su pronunciación figurada, escrito en un cuadernito de tapas verdes que aún conservo, y formé ficheros geográficos de las dinastías y sus faraones así como de los puntos de excavación.

Lo escrito en un libro sobre una piedra, escuchada a la media luz del amanecer, excitó mi imaginación y empecé a pensar cómo hablarían en otros tiempos y en otros países. Fue tarea de muchas horas y meses que llevé a cabo muy satisfecho de entrar en aquel amplio campo de erudición. Los libros que había podido reunir en casa sobre Egipto –más de diez–, además de la consulta del volumen XIX de la *Enciclopedia Espasa*, dedicado a ese país, en la Biblioteca de la Real Academia de Farmacia –donde iba con mi padre por las tardes–, me revelaban tal cantidad de información que comprendí excedía mis posibilidades: era una cultura inmensa de muchos siglos de existencia. Y aunque en abril de 1935 redacté un ensayito sobre momificación, me fui distanciando de aquellos estudios tan absorbentes, pero condenados a tener un final.

Perdido el atractivo que representaban los imposibles jeroglíficos, he pensado que el hermetismo de aquellas inscripciones actuó como la mano que me empujara decididamente a mi posterior dedicación a las lenguas. Identifiqué también en mí una personalidad sensible a lo lejano, en un lento proceso íntimo y especialmente solitario, como es siempre el camino interior.

Aquel interés buscó una aplicación que no fuera simplemente satisfacer una curiosidad. Siendo adolescente me puse a estudiar francés y poco después inglés, sin pro-

fesores, sólo con alguna gramática escolar y utilizando a la vez las guías para viajeros con frases hechas en ambos idiomas. No supe lo que era una enseñanza eficaz hasta que me inscribí en el Instituto Británico, donde había excelentes profesores que me encariñaron con las costumbres inglesas y los secretos de su idioma. Allí conocí a personas de ideas liberales y republicanas que me descubrieron otra visión de la realidad.

En los meses que me consagré a los faraones hubo un episodio de especial valor: apareció en casa una máquina de escribir que infundió novedad a mis estudios. Había una portátil que nadie usaba en la entidad donde trabajaba mi padre y se le ocurrió traerla por poco tiempo y animarme a que la utilizara. Aprendí fácilmente el funcionamiento de aquel aparato y me admiró ver aparecer en el papel las letras de molde, igual que si fuera un impreso. Aquello me hizo concebir con mayor seriedad lo que yo escribía sobre el mundo egipcio y me impuse la norma de cuidar la precisión del texto en el par de meses que dispuse de la máquina. Al desaparecer ésta, me encontré con que volvía a usar mi mano para apuntar todo lo que estudiaba, pese a que mi letra no era rápida ni segura y quedaban trazos sin concluir.

Mi pensamiento vuela ahora hacia el tiempo lejano en el que una mujer me coge los dedos, muy blandos y pequeños, de la mano derecha y los coloca de forma que puedan asir un lápiz con el cual apenas trazan en una hoja rayitas verticales. La mujer es alta, gruesa, lleva gafas, sonrío al mirarme y dice palabras cariñosas que no entiendo bien. Esa mujer, que me lleva la mano haciendo

«palotes», es una monja exclaustrada, ha colgado los hábitos porque no podía soportar la dura rigidez del convento y se dedica, ya libre, a enseñar a párvulos.

Debo explicar que comencé a leer y a escribir bajo la tutela de dos monjas que dirigían el Colegio franco-español situado en la calle Campoamor de Madrid. La enseñanza fue eficaz, aunque en francés sólo aprendí una frase. El aula era la habitación principal de un primer piso, con dos balcones y varias filas de pupitres que tenían adosado un banquito. Las tapas de los pupitres, dentro de los que todos guardábamos chucherías, se abrían y cerraban sin hacer falta, metiendo mucho ruido, pillando un dedo, con lo que había llantos. La madera de la tapa estaba arañada con manchas varias, alguna letra o un muñeco dibujado con la tinta morada de los tinteros.

De los niños que me rodeaban, conservo una fugaz imagen del que se sentaba a mi lado, Carlitos, incapaz de estarse quieto y callado; distraído por todo, hacía mal sus deberes, se tiraba al suelo, salpicaba de tinta a su alrededor, se metía la plumilla en la boca... Ya adulto, he encontrado tipos que de niños seguramente fueron iguales al odioso Carlitos.

Pasada allí la mañana, mi padre iba a buscarnos y, como entusiasta de las óperas de Wagner, desde la acera de enfrente silbaba los compases de un aria de *Sigfrido*. Oíamos esta llamada gracias a la escasa circulación de entonces, y mi hermana y yo bajábamos vigilados por una de las monjas.

Acudir a ese colegio se debió a pura casualidad. Mi madre contó que, yendo por la calle, reconoció a dos profesoras del Colegio de Niñas Nobles de Granada, donde ella estuvo interna hasta los catorce años. Le confesaron que una de ellas, la joven, había decidido colgar

los hábitos y marcharse; la otra profesora, de más edad, no quiso dejarla sola y se vinieron las dos a Madrid y organizaron el colegio al que mi madre me llevó muy contenta, pues lo aconsejaban mis cinco años, y porque también iría mi hermana, ya que daban clase a niños mayores.

No pondré en duda aquel encuentro, que para mi madre fue casi providencial; lo acepto igual que toda mi familia. En la Antigüedad, parecidos reencuentros se consideraban premonitorios y éste es importante porque, gracias a él, está a mi lado una monja rebelde que me lleva la mano para hacer redondas las vocales. En el fluir del tiempo, mi mano se hace firme, se oscurece la piel, la cruzan venas y secretas arrugas, los dedos se endurecen y así sujetó años y años la sencilla herramienta que sirve para escribir.

Pasado el periodo de la egiptología, otro libro revelador se me presentó por sorpresa y su inesperada aparición le hizo adquirir mayor importancia. Desde el día de su hallazgo fue una parte importantísima de mi pensamiento. Mi admiración ante el nuevo aspecto del jardín nada tuvo que ver con la experiencia singular que yo viví. Fue pura coincidencia que unió el blanco manto que cubrió nuestro barrio y un país que por excelencia se le considera el país de las nieves.

Tenía yo trece años y una mañana vagaba por el jardín esperando distraerme con algo, sin nadie a quien hablar o escuchar. Vi que por debajo de la puerta que daba a la calle alguien introducía un folleto, lo cogí y era la propaganda de una colección nueva de literatura cuyo

editor la ofrecía casa por casa, con el texto de una novela titulada *Nido de nobles*, de un autor del que nunca había oído nada, Iván Turguéniev. No era un libro, sino un simple cuaderno de papel muy basto, con deficiente impresión.

Instigado por su aparición, me puse a leerlo sin pérdida de tiempo, y pronto supe que en mis manos tenía un libro de adultos, lo que era una novedad incitante, aunque nada comparable con la sorpresa de cómo llegaba a mi poder, qué mano anónima me lo daba. Su lectura me emocionó. La historia que contaba, los caracteres insospechados de los personajes, las situaciones que afrontaban me parecieron admirables. Me ayudó a la comprensión del argumento un largo comentario, muy bien documentado, sobre Rusia y sobre Iván Turguéniev, que aparecía en la contraportada del folleto y que me dio idea del autor y del ambiente en que creó aquella obra. Supe que era ruso, que había vivido en el siglo XIX y que escribió muchos libros que le hicieron célebre.

Fue ésta una de mis primeras lecturas importantes y que sin duda dejó un rastro en mi posterior vocación, aunque su problemática fuese tan distante de la mía, de mi país y de mi tiempo. Me aportó una riqueza interior que era estímulo y satisfacción. *Nido de nobles* quizá llegaba en el momento preciso de encauzar y acrecentar mi deseo adolescente de saber historias y hallar en ellas las necesarias aclaraciones. Y quiero añadir que no fui yo el único al que asombró la novela porque, como me enteré más tarde, el escritor inglés Ford expresó su admiración en la bella semblanza sobre Turguéniev de *Más fuertes que la espada*: «Desde mi primera edad supe que aquel libro era el más bello jamás escrito». Su madre lo leía y releía con lágrimas de emoción.